INFORMES GENERALES

I

La reina María Luisa y Bolívar

APENAS salió *La Reina María Luisa* a la luz pública desde las oscuridades de la imprenta, donde la tuvieron un par de meses encerrada, empezó a recorrer calles y salones, centros de cultura y de recreo, y a andar de mano en mano; manos que son a veces de garridas y discretas damas y a veces de sesudos varones, aficionados a saber las cosas del pasado, que tanto pudieran enseñar por lo mucho que a las del presente se asemejan. Tuvo, desde luego, que someterse al fallo de la crítica, que sin discusión debe aceptarse, ya sea favorable o adverso, sin que en el primer caso haya de envanecerse el autor por la lisonja, en la que tanta parte cabe a la amistad, ni de enojarse en el segundo por la censura, que si es fundada, sirve para enmendar la falta, y si no lo fuese, promueve el ejercicio de la virtud de la humildad, tan provechoso para el alma cristiana.

No hay escritor que pueda decir con verdad, al terminar un libro de historia, que ha quedado satisfecho porque no se le ha escapado error o errata, ni documento o libro que no haya leído referente al personaje o al hecho de que haya sido objeto su trabajo. Habrá revuelto archivos y bibliotecas, copiado documentos y consultado infinidad de obras con benedictina paciencia y notable cansancio de la vista; habrá acudido en demanda de datos y consejos a los maestros en estas disciplinas y habrá ex-

primido el seso, con más o menos fruto, para aderezar con unas cuantas gotas de jugo digestivo ese pesado manjar que es la Historia, servida al público sin quitarle siquiera el polvo del archivo, y cuando da por terminada su labor, no ya con la última cuartilla, sino con la corrección de la última prueba de imprenta y cree que puede descansar tranquilo, sin remordimiento alguno, por haberse desposado con la verdad, que es hembra arisca y caprichosa, que otorga a quien le place sus favores y no se deja violar por los audaces ni seducir por los porfiados, tropezará con un amigo que le dirá: "He leído con mucho gusto el libro que ha tenido usted la bondad de enviarme y dedicarme: es sumamente interesante, aunque ya conocía yo lo que usted cuenta de la Princesa de los Ursinos, por ejemplo, y echo de menos el que nada nos diga usted de sus amores con el cardenal Portocarrero en Roma, de los que nos habla Fulano en un libro muy documentado y muy curioso, del que se conocen muy pocos ejemplares, y cuya lectura le recomiendo por si piensa usted publicar una segunda edición del suyo, que me ha entretenido mucho."

Cuando publiqué, estando en Italia, un opúsculo sobre *La Embajada del Marqués de Cogolludo a Roma en 1687,* tuve que ver para asunto de mi oficio al entonces Ministro de Instrucción pública el senador Benedetto Croce, maestro en varias disciplinas, sabio filósofo, crítico profundo, docto historiador y ameno y copiosísimo erudito, cuyo nombre, para honra de nuestra Real Academia de la Historia, figura en el número de sus Correspondientes. Y conversando con él sobre la tal Embajada de Cogolludo, recomendóme la lectura de algunos trabajos en el que salían a relucir los amores del Duque de Medinaceli con la Giorgina, uno de ellos su libro, para los españoles especialmente interesantísimo, sobre *Los teatros de Nápoles.* y unos artículos publicados hace unos cuarenta años en varios periódicos de Roma por el señor Alejandro Ademollo sobre las aventuras de la célebre cantante romana y el *incidente* que le ocurrió en el Palacio de la reina Cristina de Suecia. Los nuevos datos no alteraban esencialmente los por mí aportados para la historia de la Embajada de Medinaceli en Roma; pero sí los completaban, so-

bre todo en lo referente a su virreinato en Nápoles, adonde pasó la Giorgina como primera dama de la Virreina, siguiendo luego al Duque a Madrid, y allí gozó con él de las grandezas en el Palacio de Medinaceli y padeció luego los rigores de la adversidad y una larga prisión en el alcazar de Segovia cuando la fortuna se cansó de protegerla. No había que pensar en recoger la edición, puesta ya a la venta, ni en aguardar a que se agotara para publicar una segunda corregida y aumentada; pero el amor a la verdad, con la que me desposé como historiador y a la que he permanecido siempre fiel, y mi deseo de no privar a los lectores españoles del opúsculo de las noticias que habían corrido impresas en Italia, moviéronme a darlas a conocer, a guisa de apéndice y fe de erratas, en una comunicación a la Academia de la Historia, publicada en su BOLETÍN en diciembre de 1920, con el título de *El Duque de Medinaceli y la Giorgina,* para tranquilidad de mi conciencia y satisfacción de la legítima curiosidad de los aficionados a las pequeñeces históricas, que constituyen mi especialidad, y a quienes hubieren interesado los amores que con la Giorgina tuvo aquel Duque de Medinaceli, último descendiente varón del linaje de la Cerda.

Algo parecido me ocurre ahora con *La Reina María Luisa.* Puesta a la disposición del público, hubo de hablarme de ella un buen amigo que fué mi compañero bajo el antiguo régimen, en el efímero y último Gabinete que presidió don Raimundo Fernández Villaverde en 1905, como lo es ahora, bajo el nuevo régimen, en la Academia Española, oreada por los vientos que corren en la región donde se forja el rayo, que tanto pavor infunde a los mortales y aun a los inmortales, en tiempos de dictadura y de colectiva cobardía ciudadana.

Había leído este mi amigo un libro de don Pedro de Répide titulado *La lámpara de la fama,* en cuyo primer capítulo, bajo el epígrafe de *Bolívar y España,* refiere el autor la venida de Bolívar a Madrid en 1799, cuando privaba con la Reina el caraqueño guardia de Corps Manuel Mallo. Contaba entonces Bolívar unos diez y seis años, y era desde los catorce alférez del batallón de milicias de Aragua, que mandó su padre. Recibió Mallo cordialmente a su joven compatriota, y en su casa tuvo

éste ocasión de conocer a la reina María Luisa, que la frecuentaba. Una noche que vino disfrazada, como solía hacerlo para librarse de la etiqueta, la acompañó a Palacio el gentil subteniente entre las sombras de las revueltas callejuelas, propicias a la aventura y al amor. Desde entonces tuvo fácil acceso en la Corte y visitábala cuando los Reyes hacían sus jornadas de costumbre en los Sitios Reales.

La lectura de este episodio impresionó a mi ilustre amigo y compañero, que me preguntó si yo sabía o podía averiguar algo respecto a las relaciones de Bolívar con la reina María Luisa, y si ésta pudo contar al Libertador en el número de los hijos de Marte que depusieron sus armas en el ara de la Diosa a que se rendía entonces frecuente culto en el Alcázar de Madrid. He tratado de complacerle y he aquí el fruto de mis investigaciones y lo que ellas me sugieren.

Había nacido Bolívar en la ciudad de Caracas, en la noche del 24 al 25 de julio de 1783, y descendía de un hidalgo español de su mismo nombre y apellido, oriundo de Vizcaya, que en 1557 se embarcó para América en busca de fortuna, y después de haber pasado treinta años en Santo Domingo, capital de la Isla Española, pasó a Caracas, donde arraigó su linaje. Llegó éste a ser ilustre y opulento, adquiriendo por compra el riquísimo señorío de Aroa, famoso por sus minas de cobre, a cuyo poseedor concedió el Rey los títulos, que nunca usó, de Marqués de Bolívar y Vizconde de Cocorote. Fueron los padres del Libertador don Juan Vicente Bolívar, hijo del teniente general don Juan, alto empleado de la real hacienda y coronel de las milicias disciplinadas de los valles de Aragua, y doña María de la Concepción Palacio y Blanco, dama de noble estirpe, acaudalada, y no menos bella que discreta. Murió el primero cuando tenía Simón dos años, y cinco años después perdió a su madre, recayendo la tutela de los huérfanos, que eran cuatro, en su tío materno don Carlos Palacio, el cual, cumpliendo los deseos de los padres de que el muchacho, que era travieso, desobediente y poco amigo de libros, completara en España su algo descuidada educación, lo embarcó en La Guaira, el 19 de enero de 1799, en el navío español *San Ildefonso*. Llegó éste a Ve-

racruz el 2 de febrero, y allí se detuvo, no sólo para recibir los caudales que debía llevar a España, sino a causa de estar entonces bloqueada La Habana por una escuadra inglesa. Aprovechó Bolívar la demora para visitar la ciudad de Méjico, de la que quedó encantado, así como de la acogida que le dispensó el virrey Azanza. El 20 de marzo siguió su viaje el *San Ildefonso*, hizo escala de cuarenta y ocho horas en La Habana, y en mayo llegó a Santoña. Allí desembarcó Bolivar, dirigiéndose a Bilbao y a los pocos días a Madrid, donde le esperaba su tío materno don Esteban Palacio, a quien venía recomendado, y en cuya casa de la calle de Jardines se alojó primeramente antes de instalarse en la de Atocha, núm. 8.

En buen momento llegó Bolívar a la Corte. Un joven caraqueño, el guardia de Corps don Manuel Mallo, había reemplazado a Godoy, no en el Ministerio de Estado, que pasó a manos primero de Saavedra y luego de Urquijo, sino en el servicio personal de la Reina, que de tal manera se aficionó al mozo y de tantos favores le colmaba, que creyeron las gentes que llegaría Mallo, como su predecesor y por los mismos medios, a los más altos destinos. Pero los que, como Jovellanos, conocían la fragilidad y versatilidad de la augusta señora y el poco seso del Guardia, predijeron que su privanza sería efímera y que Godoy recobraría el valimiento, como ocurrió tan luego como se le permitió abandonar el Soto de Roma y presentarse en los Sitios Reales por haber creído Urquijo, desoyendo los consejos de la Marquesa de Branciforte, que podría tratarle de potencia a potencia. No era Mallo hombre a quien le preocupase el porvenir. Bastábanle los goces que le ofrecía el presente con los augustos amores de la siempre ansiosa amiga, que cuidaba de nutrirle y regalarle con los más sabrosos platos de la cocina de Palacio, que costeaba todos sus gastos y caprichos, que le otorgaba cuantas gracias pedía para parientes y amigos y se contentaba con que, a cambio de todos estos mimos y regalos, el galán le fuera fiel y la dejara satisfecha.

De los favores que sobre él derramaba con mano pródiga la Reina hacía Mallo que participaran sus amigos caraqueños, entre los cuales figuraba en primer término el joven subteniente

de las milicias de Aragua, que desde luego se granjeó las simpatías del Guardia de Corps, y por ende también las de la Reina. No era, sin embargo, Bolívar el tipo de varón que placía a María Luisa, la cual buscaba y apreciaba en los hombres, aún más que las apolíneas trazas, otras cualidades, que adivinaba el instinto o pregonaba la fama, y que poseía Godoy en tan eminente grado que le daban una indiscutible superioridad sobre sus semejantes y le aseguraron un señorío que nadie pudo disputarle sobre el corazón, la voluntad y los sentidos de la que él llamaba su ama y bienhechora. Bolívar era entonces un mozo que contaba apenas diez y seis años, delgado el cuerpo, angosto el pecho, más bien bajo de estatura, de perfil de medalla griega, de pómulos salientes, poco agraciada la boca de carnosos labios y de dientes blancos, uniformes y bellísimos que cuidaba con esmero, de cabellos negros y crespos que caían en guedejas sobre las pálidas sienes, de manos y pies pequeños y de ojos resplandecientes y maravillosos.

Dueño de sus acciones y de un caudal cuantioso, hallábase en edad peligrosa por lo propicia a los placeres a que la mocedad convida y que son a veces desordenados apetitos que perduran y arraigan con la fuerza de obligar que tiene la costumbre en los que no son providencialmente castos, abstemios y enemigos de probar fortuna en los garitos. Nunca fué Bolívar casto, ni era tampoco entonces mocero por haberse temprana y locamente enamorado de la que había de ser su mujer; pero desde que enviudó, a los pocos meses de casado, "fué Venus la diosa en cuyos altares ofrendó las más bellas flores de su alma" (1). "Quise mucho a mi mujer —decía en 1828— y su muerte me hizo jurar no volverme a casar: he cumplido mi palabra." Mas las mujeres fueron la pasión de su vida y quizá por lo que ésta tuvo de vertiginosa no hubo en ella lugar sino para los amores volubles. Nunca vivió solo, sus queridas (2) le acompañaron

(1) Esto escribía desde Bogotá el Coronel Hamilton a Mr. Planta, el 8 de marzo de 1825. *Record Office.*

(2) El señor Enrique Ruiz Vernacci, en un artículo publicado en la revista *Estudios,* de Panamá, llama *Las novias de Bolívar* a María Teresa Rodríguez del Toro, su mujer; a Fanny Dervieu du Villars, su prima,

siempre en Caracas, en Angostura, en Bogotá, en Lima, en Quito y hasta en sus campañas, y más de una vez fueron su providencia salvándole del puñal del asesino. De 1813 a 1819 la favorita fué doña Josefina Núñez, a quien llamaban familiarmente en el Ejército la *señorita Pepa*. En el Perú los paréntesis de actividad política y guerrera los dedicaba a intrigas amorosas, que en no raras ocasiones llegaron al delirio, y allí empezó a flaquear su organismo y a decaer su genio. Desde 1822 otra mujer ocupa lugar absorbente en la vida pasional de Bolívar; mujer única en esta época, así por su carácter aventurero como por su afición a ejercicios varoniles, y tanto por su soberbia en desdeñar ciertas convenciones sociales cuanto por su brillante inteligencia. Llamábase Manuela Sáenz y llamábanla Manuelita la Bella. Casada en Quito con el médico inglés Thorne, le abandonó para seguir al Libertador en todas sus campañas, y hasta la muerte del héroe figura en todas las crónicas mundanas del Perú y Colombia. De ser éstas verídicas, el amor que enloqueciera a Manuelita en Quito y Lima había cedido el paso a la pura admiración, y según un informe confidencial del Agente del Gobierno francés en Bogotá, aquélla se consolaba del cansancio del Libertador con un brillante oficial de la Guardia. Las tres pasiones a que consagró Bolivar su actividad devoradora: la guerra, la política y el amor, minaron su organismo y fueron causa de su prematura vejez y su temprana muerte.

De estas tres pasiones hallábanse las dos primeras en estado embrionario y la tercera revestía la forma del púdico noviazgo español mientras Bolívar gozaba en Madrid de las sonrisas que tiene la vida para la gente moza. Claro está que de haberse visto en el trance del casto José no hubiera perdido la capa y la reputación, mas no creemos que le pusiera en semejante aprieto la mujer de Carlos IV, porque con ella estaba entonces de servicio el caraqueño Guardia de Corps, durante la ausencia de Godoy en el Soto de Roma. Así como Teresa Cabarrús no vió en Bonaparte al futuro Napoleón, María Luisa no vió en Bo-

---

y a Anita Lenoit. Se propone tratar, en la segunda parte, de la señorita Pepa, Bernardina Ibáñez, Manuelita Madroño, la misteriosa Isabel y Manuelita la Bella.

lívar al Libertador que las americanas adoraron, ni adivinó que aquel efebo enjuto y desmedrado era un grande amador, de insospechados recursos, para quien había escrito el Tasso los versos de la *Aminta*:

Perduto é tutto il tempo
Che in amar non si spende.

¿Hubiera sido un buen marido de haber durado más de unos pocos meses su vida conyugal y campesina en la hacienda de San Mateo? Cabe dudarlo. Si no hubiera enviudado, decía muchos años después, quizás su vida hubiera sido otra: no sería el general Bolívar, ni el Libertador; pero reconocía que no había nacido para ser alcalde de San Mateo, y hubiera podido añadir que tampoco para marido.

Dos cosas apartaron a Bolívar del mal camino que seguían en la Corte sus amigos y paisanos: el estudio y el amor. Tenía el futuro Libertador el presentimiento de los altos destinos que le estaban reservados y la conciencia de su ignorancia, por lo que, dándose cuenta de lo mucho que necesitaba saber y de lo poco que sabía, se propuso recobrar el tiempo que los familiares mimos le habían hecho perder en Caracas, y tomó maestros competentes, dándose al estudio de las matemáticas, de las lenguas y de los clásicos antiguos y modernos, y poniendo en ello tal ahinco y constancia, que sus amigos, reñidos con los libros, llegaron a temer que la demasiada aplicación quebrantara su salud.

Pero más que el estudio le apartó del vicio el amor, que con avasalladora fuerza se adueñó de su corazón y de su mente y de sus sentidos y de toda su persona. En casa del Marqués de Ustáriz conoció a la joven que fué su esposa, y que, sin ser bella, atraía por la dulzura de su carácter y su esmerada educación. Llamábase María Teresa Rodríguez del Toro, y era hija única del caraqueño don Bernardo, hermano del Marqués del Toro, y de doña Benita de Alayza y Medrano, de la noble casa de los Marqueses de Inicio y de Alayza, habiendo nacido en Madrid, en la calle de la Corredera Alta de San Pablo, el 15 de octubre de 1781. De ella se enamoró perdidamente Bolívar, y viendo su amor correspondido, pidió sin tardanza la mano de María Teresa, que no le fué negada; mas pareciéndole a don

Bernardo demasiado joven el presunto marido, que tenía dos años menos que la novia, hubo de aplazarse la celebración de la concertada boda. Claro está que desde que se formalizaron estas amorosas relaciones vivió Bolívar en pleno y constante idilio, con el pensamiento puesto en el ansiado enlace que había de ser su venturoso remate; pero antes de que esto sucediera, hizo vida de sociedad, frecuentando la de Madrid, y por su estrecha amistad con Mallo le acompañaba a la Corte y a los Sitios Reales, aunque siempre con repugnancia, según dicen los historiadores venezolanos, habiendo sido alguna vez testigo involuntario de la depravación de María Luisa.

La idea que de los Reyes de España tenían formada sus súbditos americanos con los ojos de la imaginación y a respetuosa distancia, era la de unos seres superiores dotados de especiales carismas inherentes a la realeza, que les permitían ejercer su oficio como misión divina, sin las lamentables equivocaciones y flaquezas en que suelen incurrir los simples mortales, y de que tan frecuentes muestras daban los que en nombre del monarca gobernaban la América española. Imbuído de esta idea llegó Simón Bolívar a la Corte y sucedióle lo que a los peregrinos que iban antiguamente a Roma, y una vez allí decían: *Roma veduta, fede perduta.* Perdió Bolívar la fe en la monarquía, antojándosele que encarnaba la española en María Luisa, y a su ardiente amor a la libertad, fruto de las ideas sembradas por la Revolución francesa, unióse el anhelo de ver independientes los países de la América meridional, sujetos a la Corona de España. A su paso por Méjico, en el Palacio del virrey Azanza y en presencia del general Alava, rodando la conversación sobre la Revolución francesa, habíase expresado el joven venezolano con tanta audacia que asombró a los oyentes, y se hubiera disgustado Azanza si semejantes opiniones hubiesen sido emitidas por persona de más años y más relacionada en el país. En Madrid recreábase con la conversación del Marqués de Ustáriz, que le enseñaba, según decía, más que los libros, reputándolo tan sabio como los de Grecia, y aunque el Marqués no desaprobaba la idea de la independencia que acariciaba y defendía el joven caraqueño, parecíale tan preñada de dificultades, que no creía

prudente el alentarla. De ella no hablaba Bolívar con Mallo y sus amigos porque eran mozos que a la sazón sólo pensaban en refocilarse y divertirse.

Desde mediados de marzo de 1798, en que dejó el poder el Príncipe de la Paz, hasta fines de diciembre de 1800, en que lo recobró, funcionó como valido Manuel Mallo, y fué estrecha su amistad con Simón Bolívar. Dice don Arístides Rojas en sus *Leyendas históricas de Venezuela. Una Reina entre dos Validos* (1) que vivía Mallo en una casa contigua al Palacio Real, que no era entonces, como ahora, un edificio aislado, sino que se hallaba rodeado de casas, y con la de Mallo había hecho la Reina abrir una comunicación secreta que la permitía llegar a la vivienda del favorito sin atravesar la calle. Es posible que Mallo viviera en una de las casas vecinas a Palacio que ocupaban la actual Plaza de Oriente, y que mandó derribar el rey José Napoleón, y había un camino secreto entre el Regio Alcázar y el convento de la Encarnación; pero no es verosímil que lo hubiera entre Palacio y la casa de Mallo, expresamente construído para facilitar las visitas que le hacía la Reina.

Cuenta Rojas que un día en que Mallo había convidado a cenar a Bolívar y a un su amigo, Esteban Escobar, que con él había venido de Caracas, sentados ya a la mesa, abrióse la puerta de la comunicación con Palacio y se presentó un fraile capuchino, que echándose atrás la capucha dejó ver *un hermoso rostro* de mujer: era María Luisa, que venía a cenar con Mallo y sus dos jóvenes compatriotas. La Reina, después de la cena, no quiso regresar a Palacio por el camino secreto y prefirió hacerlo por la calle, acompañada, por indicación de Mallo, por Bolívar. "Este acto de cortesía fué lo suficiente para que María Luisa le ofreciera la tertulia de los Reyes."

Y Mosquera dice en sus *Memorias* (2) que "la casualidad proporcionó a Bolívar hallarse una noche en una casa adonde había ido disfrazada la reina María Luisa, a la que acompañó a su regreso a Palacio, circunstancia que influyó mucho en el

(1) *Leyendas históricas de Venezuela,* por Arístides Rojas. Primera serie. Caracas, 1890.

(2) *Memorias sobre la vida de Simón Bolívar.* Nueva York, 1853.

aprecio que hacía la Reina de él, y le proporcionó estar en los Sitios Reales con bastante confianza".

Este incidente es el que, referido en parecidos términos por don Pedro de Répide en *La lámpara de la fama*, llamó la atención del ilustre Académico, mi compañero y amigo, el cual, por el conocimiento que tiene de los hombres y mujeres de su tiempo, muy semejantes a los de todos los tiempos, supuso, desde luego, que el paseo nocturno de Bolívar con la disfrazada Reina entre la sombra de las revueltas callejuelas, propicias a la aventura y al amor, no había de tener por único remate que María Luisa facilitara a Bolívar la entrada en Palacio para que en Aranjuez jugara un partido de pelota con el príncipe don Fernando y estuviera a punto de descalabrarlo de un involuntario raquetazo que le quitó la gorra, lo cual recordaba y refería muchos años después el Libertador con la siguiente reflexión: "¡Quién había de decir a Fernando que había yo de arrancarle, más tarde, los más hermosos florones de su Corona!"

No hay documento, libro ni libelo que permita incluír a Bolívar en la lista grande de los agraciados con los favores de María Luisa. De los que obtuvo Mallo hablan muchos españoles y extranjeros: ninguno de ellos menciona, ni siquiera como amigo y confidente de Mallo, al subteniente de milicias de Aragua que había de figurar como el Libertador en la historia de la independencia de la América meridional. Sólo algunos escritores venezolanos han citado el episodio de que queda hecho mérito al tratar del primer viaje de Bolívar a la Corte de Madrid; pero la fuente en que bebieron fué la del propio Bolívar, que durante sus campañas gustaba de referir a sus conmilitones los recuerdos de sus años mozos y de su vida madrileña, que para los españoles había pasado inadvertida. Era Bolívar un cumplido caballero, y no se jactó, como Barras, de serlo cuando nos cuenta en sus Memorias que se había visto con Josefina Beauharnais en la misma situación que José con la mujer de Putifar, si bien no había sido con ella tan cruel como el joven Ministro de Faraón. Bolívar se contentó con ponderar el favor de que gozaba Mallo con la Reina, gracias al cual la había él conocido y visto con frecuencia en casa del privado, habiendo tenido la honra de

cenar allí con ella una noche y de acompañarla después hasta Palacio. No parece, sin embargo, cosa fácil ni probable que María Luisa, según dice el señor Répide, "saliese a menudo de Palacio disfrazada para gozar el encanto de verse liberada de la etiqueta y ambular a su antojo por las calles o los alrededores de la villa, visitando a Mallo en su propia vivienda". Precisamente el servicio que los Guardias de Corps prestaban en Palacio y el fácil acceso que tenían a las personas reales explica la predilección que por ellos sentía María Luisa. De las excursiones nocturnas de Fernando VII, disfrazado y acompañado del Duque de Alagón, para visitar a Pepa la Malagueña y otras hembras de su jaez, hablan los libelistas e historiadores de su tiempo; mas a nadie se le oyó decir que la reina María Luisa anduviéra, como la famosa Emperatriz romana, buscando fuera de casa los naturales goces que en ella la ofrecían los Guardias de Corps a su servicio.

El señor Rojas nos habla de la comunicación secreta entre el Palacio Real y la casa de Mallo, de las frecuentes visitas que le hacía la Reina y de la cena a que vino disfrazada de fraile, ocultando bajo la capucha su *hermoso rostro*. Nunca fué hermoso el rostro de María Luisa, y algo ajado debía estar cuando contaba cuarenta y ocho años muy cumplidos y bien aprovechados. En cuanto al disfraz de fraile, podía de él decir lo que escribía una vez a Godoy: "Aunque parezco un fraile no lo soy ni puedo tomar nada de ellos", y no lo necesitaba para venir por el oculto pasadizo, a menos de que tuviera la intención de regresar a Palacio por la calle, acompañada de Mallo, que delegó este honor en Bolívar. Toda esta *leyenda histórica* tiene trazas de novela escrita un siglo después de lo que se supone ocurrido. La relación de Mosquera es más sobria; no menciona el hábito con que se disfrazó la Reina, y sólo dice que por haberla acompañado una noche a Palacio entró Bolívar con bastante confianza en los Sitios Reales, refiriendo luego el partido de pelota con el Príncipe en Aranjuez. Ahora bien; ¿bastan estos datos para acusar a María Luisa y a Bolívar de haber cometido, de prisa y corriendo, el pecado de amor, no ya en una oscura callejuela o mal alumbrado portal, con la circunstancia agravante del frailesco atavío

de la dama, que no había de ser para el galán un incentivo, sino en algún recóndito aposento de palacio? ¿Asaltó acaso a la Reina un mal pensamiento o libidinoso deseo, con carácter de necesidad, que, según fray Diego de Cádiz, sin manifiesto milagro no tenía remedio? ¿Hubo de ser inmediatamente satisfecho, sin ulteriores consecuencias? Opina, lector amigo, lo que mejor te parezca; mas, a juicio del autor, no pasó nada. Bolívar, que era el confidente de los amores de Mallo, guardó a María Luisa el respeto que le merecía como Reina y como amiga de su amigo, lo cual fué apreciado por la augusta Señora, que en aquel entonces andaba muy enamorada del caraqueño Guardia de Corps y muy contenta del servicio que, en ausencia de Godoy, prestaba cerca de su real persona. No dudamos de que Bolívar hubiera estado dispuesto a satisfacer cualquier pasajero antojo de la Reina, considerándolo mandato de ineludible cumplimiento; mas no podían tentarle los marchitos encantos de la provecta dama, sobre todo cuando tenía ya constantemente ante sus ojos a la madrileñita fresca y graciosa que acabó por señorearle y someterle a blando yugo.

El 30 de septiembre de 1800 escribía Bolívar a su tío don Pedro Palacio, residente en Caracas, anunciándole haberse apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, como era doña Teresa Toro, con la que quería unirse en matrimonio, y rogándole diese las órdenes nenecasiras para pedir la señorita a su padre con toda la formalidad que exigía el caso. "Esto se lo comuniqué —dice— al señor Marqués de Ustáriz, como al único tutor que tengo aquí, para que se lo avisase a usted y al señor don Manuel Mallo; a usted por ser el pariente más cercano a mí, y al señor don Manuel Mallo porque es nuestro amigo y favorecedor. A este último le escribió el Marqués de Ustáriz dos veces, y una de ellas le entregaron la carta en sus propias manos; pero no se ha tenido contestación ninguna, habiendo pasado ya treinta o treinta y un días."

Dedúcese de esta carta que Mallo, a quien consideraba Bolívar como su amigo y favorecedor, no estaba ya en Madrid ni en ninguno de los Sitios Reales a que iba la Corte de Jornada. Bastó la presencia del Príncipe de la Paz en dichos sitios, imprudentemente

consentida por Urquijo, para que éste cayera del Poder y fuera a parar a la fortaleza de Pamplona, y para que Mallo perdiera el favor de la Reina y la privanza. Conocida es la anécdota de los ejercicios de un tiro de famosos caballos que desde el balcón de Palacio presenciaban Sus Majestades, y que preguntando el Rey de quién era el tiro, contestó Godoy: "Es de Mallo, que dicen corteja a una vieja, y gasta y triunfa a su costa." Mucho lo rió el Rey, y como llamara sobre ello la atención a la Reina, respondió ésta: "Ya sabes que Manuel siempre está de broma." Aquella noche —dice Mallo— tuvo la Reina una acalorada discusión con Godoy y le amenazó con enviarle adonde nunca volviera a ver el sol.

Y cuenta don Arístides Rojas que los celos de la Reina y las imprudencias de Mallo acabaron con la privanza del caraqueño. Vuelto al Poder Godoy, hizo prender a su rival una noche que, cerca de la Puerta del Sol, al sacar el reloj, exclamó: "Ha llegado la hora de la cita." Salió de Madrid sin que nadie pudiera sospechar su destino. Dijeron unos que lo habían deportado a Filipinas; otros, que iba en comisión palaciega a regiones distantes. Lo único que se supo más tarde fué que Manuel Mallo, con un linguete al pie, había sido arrojado al agua en alta mar. Así se cumplió en Mallo la amenaza de María Luisa a Godoy de enviarle adonde no volviera a ver el sol.

Tal es el trágico y triste fin que tuvo, según la leyenda histórica venezolana, el caraqueño guardia de Corps don Manuel Mallo, a quien pudo considerársele como valido por el favor que le dispensó, durante algún tiempo, la reina María Luisa. No nos atrevemos a creer cierta la leyenda, porque no era Godoy hombre de venganzas ruines, que se ensañara con sus enemigos o rivales cuando los tenía a su merced y a su albedrío por el poder absoluto que había el Rey puesto en sus manos. Pero ello es que Mallo desapareció de la Corte sin que de su paradero tuviera nadie la menor noticia, como si se le hubiera tragado la tierra o el mar. Su nombre, como el de otros modestos favoritos de reinas y de reyes, protagonistas o terceros de regios amores, que sólo prestaron servicios de carácter íntimo y doméstico, no hubiera llegado hasta nosotros si no nos lo hubiese transmitido la *pequeña historia* que recoge las pequeñeces de los grandes hombres, dispersas en cartas

y papeles que debieron destruírse y se guardaron, en memorias y diarios no destinados a la publicidad, en crónicas galantes y anónimos libelos, en que la verdad se codea con el calumnioso chisme que corrió por los salones y las calles. Todas estas minucias, cribadas y sacadas a luz por un historiador desapasionado y concienzudo, que no se requiere que sea un sabio alemán, sirven para que pueda uno formarse cabal idea de los personajes ahora colocados como ídolos en altos pedestales y envueltos siempre en el humo del incienso que queman en su honor los apologistas, diestros en el manejo del turíbulo. Y no sólo puede así conocerse mejor a los legendarios héroes y heroínas despojados de los afeites y galas con que el comediante se nos muestra en las tablas para conquistar el aplauso del vulgo mientras dura la farsa y actúa la farándula, sino que también se descubren muchas veces las pequeñas causas de acontecimientos que se tuvieron por golpes de genio y sólo lo fueron de fortuna. La Historia no es obra que se preste a la fantasía del novelista o del poeta dramático, y los que la cultivamos, aunque sólo sea en el género chico, debemos procurar ante todo que en ella resplandezca la verdad, sin disfraz ni tapujo, y que esté al alcance de todos, de los aficionados como de los profesionales.

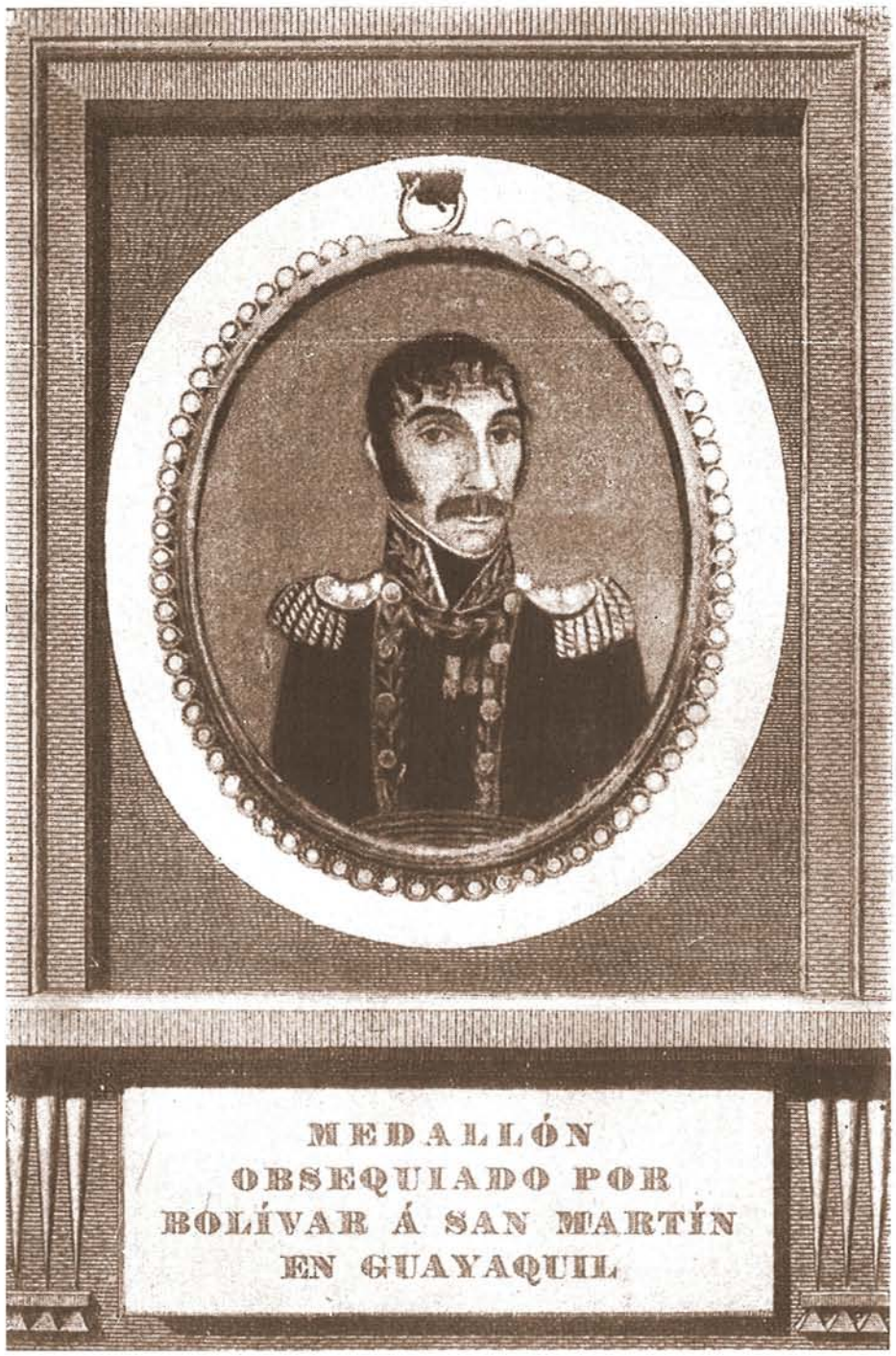
La desaparición de Mallo y el noviazgo de Bolívar hicieron que el joven subteniente viviese apartado de la Corte. En ella recuperó su omnipotente valimiento el Príncipe de la Paz y de ella tuvo que salir desterrado, quizá por su amistad con Mallo, el buen don Esteban Palacio, el tío de Bolívar, a quien había venido éste recomendado, y como en el otoño de 1801 tuvo que marchar a Bilbao don Bernardo de Toro, quedó Bolívar en Madrid, privado del familiar afecto y de la presencia de la amada. Ocurrióle entonces un desagradable lance que estuvo a punto de costarle caro. En uno de los primeros días de octubre paseaba Bolívar a caballo cerca del Puente de Toledo, luciendo unos brillantes en la bocamanga del uniforme, lo que, por reciente edicto, estaba prohibido a quien no estuviera provisto de licencia especial. Salieron a su encuentro unos empleados del Resguardo, que quisieron detenerle y registrarle; mas no lo consintió el oficial, que desenvainó la espada y empezó a repartir cintarazos entre los po-

lizontes. La gente que por allí pasaba se puso, naturalmente, de parte del oficial contra los agentes de la autoridad, de cuyas manos pudo escapar Bolívar; mas el Marqués de Ustáriz le aconsejó que se alejara de Madrid, como lo verificó, tomando el camino de Bilbao. Atribuyóse la intentada detención de Bolívar a sospechas de Godoy de que el joven oficial pudiera ser portador de algún mensaje amoroso de Mallo para la Reina, o quizá fuera simplemente un pretexto para alejarlo de la Corte, aunque de ella y de Mallo vivía hacía ya algún tiempo voluntariamente apartado.

En tal estado de furor por la afrenta que se le había hecho llegó a Bilbao Bolívar, que quiso casarse en seguida para volverse a Caracas; pero no se avino a ello el padre de la novia, que no estaba dispuesto a adelantar la fecha por él fijada para la boda; y como tuviera don Bernardo que regresar por sus asuntos a Madrid, aconsejó a Bolívar, para que no se le hiciera demasiado larga la ausencia, que se fuera a París. Así lo hizo el impaciente novio, encaminándose a Barcelona, donde embarcó para Marsella y de allí se trasladó a París, llegando a principios de 1802 a la capital de Francia, que era entonces teatro de grandes acontecimientos y regocijos, de que fué testigo el joven caraqueño.

Negociada y firmada en Amiens la paz con Inglaterra, parecia haber llegado Bonaparte al apogeo de su grandeza, y saludábale como su salvador la Francia agradecida. Los prodigios del genio del soldado y del estadista cautivaron al futuro Libertador americano, enamorado de la libertad y de los principios de la Revolución francesa, y comparando el estado de degradación en que había visto la España gobernada por el Príncipe de la Paz con la prosperidad y grandeza que había dado a Francia la Revolución, atribuíalo a la corrupción de las instituciones monárquicas y creia que sólo un Gobierno republicano podría asegurar la felicidad del pueblo, datando de entonces su exaltado republicanismo. La vehemencia de su carácter impulsivo y sus pocos años no le permitían ver que la diferencia entre España y Francia no nacía del régimen, puesto que ambas estaban sometidas al despotismo de una dictadura incompatible con la libertad, que para su ejercicio contaba con la fuerza armada y tenía además en España a su servicio la sombra

La Reina María Luisa.
Retrato pintado por Goya para Godoy.



MEDALLÓN
OBSEQUIADO POR
BOLÍVAR Á SAN MARTÍN
EN GUAYAQUIL

que le prestaba una secular y arraigada monarquía. Ni de la dictadura ni de la monarquía dependían en este caso la bondad del régimen, sino de la persona en cuyas manos habían puesto, la nación o el Rey, el poder absoluto. El dictador en Francia llamábase Napoleón Bonaparte; en España, Manuel Godoy: ¿qué tiene de extraño que se pareciesen los dos en la soberbia y el endiosamiento, que hasta en los mediocres es fruto de todo prolongado gobierno personal ejercido sin trabas ni quebrantos, y no hubiese entre ellos nada de común ni punto ninguno de comparación como gobernantes?

Regresó Bolívar a Madrid en abril de 1802. Había aprovechado Toro su ausencia para conseguirle el indulto, y el 15 de mayo el ministro Caballero comunicó al Capitán general de Venezuela la Real licencia indispensable para el matrimonio. Este se celebró en la parroquia de San Sebastián a fines de aquel mes, y el mismo día de la boda salieron los recién casados para La Coruña, y allí embarcaron para Venezuela. A los pocos meses de su llegada a Caracas enfermó María Teresa de una fiebre maligna, y el 22 de enero de 1803 quedó Bolívar viudo a los diez y nueve años de edad. Tan grande como había sido su felicidad fué su desesperación, no pudiendo servir de consuelo a su dolor la filosofía escéptica que le señoreaba. Resolvió alejarse de los lugares y objetos que le recordaban la perdida dicha y venir a Madrid para llorar con don Bernardo la común desgracia, y a fines de 1803, tras largo y tempestuoso viaje, desembarcó en Cádiz, donde prestó juramento en la Gran Logia Americana. Pasó luego a Madrid, y a poco de su llegada se publicó, el 25 de marzo, un bando por el cual, en vista de la carestía de los víveres, se mandaba salir de la ciudad a todos los forasteros que no tuviesen domicilio en ella. Salió, pues, para Francia en la primavera de 1804, acompañado por su amigo y compatriota don Fernando Toro, y llegó a París a principios de mayo.

Muy otra era la disposición de su ánimo en esta segunda visita a la capital de Francia y muy otra la impresión que le produjo. Napoleón ceñía la corona imperial y no era ya el símbolo de libertad y gloria, objeto de su admiración en política. "Yo le adoraba —dice— como el héroe de la República, como la brillante estrella

de la gloria, el genio de la libertad. En el pasado yo no conocía nada que se le igualase, ni prometía el porvenir producir su semejante. Se hizo Emperador, y desde aquel día le miré como un tirano hipócrita, oprobio de la libertad y obstáculo al progreso de la civilización." El Embajador de España invitó a Bolívar a formar parte de su séquito para presenciar la ceremonia de la coronación del Emperador; pero no sólo rehusó el convite, sino que se encerró durante todo el día en su casa.

Residía en París y tenía un salón frecuentado por la sociedad más distinguida una dama que se decía prima de Bolívar y estaba con él algo emparentada; madame Dervieu du Villars, que se llamó de soltera Fanny Trobriand y Aristeguieta. Era bella, de no común entendimiento y mayor que Bolívar en edad y en saber, por lo que toca al mundo y al amor, y como su corazón era grande y bondadoso, se compadeció del tempranero viudo y se propuso consolarlo con el único remedio de que ella podía disponer y que consideraba, para el olvido o alivio de las penas, más eficaz y menos dañino que el juego, la bebida y el vulgar meretricio, a que el fogoso carácter y temperamento del inexperto joven le inclinaban. Fué, pues, para él, según la expresión de un escritor americano, *la madrecita y la amante,* que le apartó del juego y de la orgía. A pesar de lo cual, la salud de Bolívar, por efecto de la vida que durante diez meses llevó en París, hubo de sufrir un notable quebranto. Después de la coronación de Bonaparte viajó por Francia, Italia y Suiza en compañía de su antiguo maestro don Simón Rodríguez, que a duras penas había podido enseñarle en Caracas las primeras letras, y estando en Roma, en el Monte Sagrado, prestó en presencia de Rodríguez el juramento de no dar descanso a su brazo ni reposo a su alma hasta haber roto las cadenas que oprimían la América por voluntad del poder español. En 1806 regresó Bolívar a Caracas para cumplir su juramento.

Aquí hemos de poner punto a este trabajo, porque en él no cabe la ingente figura del Libertador, que con todos sus defectos y debilidades fué el más grande de los americanos del siglo XIX y cuya mayor gloria, a juicio de uno de sus historiadores (1), es la

(1) Carlos A. Villanueva. *La Monarquía en América. Bolívar y el general San Martín.* París.

de no haberse puesto la corona de Emperador de los Andes o de Colombia que le ofrecieron sus tenientes repetidas veces. No cabe dudar de que las circunstancias le hicieron soñar con ella, y la buscó y se la dieron; mas no es menos cierto que no llegó a tomarla, ya por temor de correr la suerte de Itúrbide en Méjico, ya por ser consecuente con sus declaraciones públicas, y no exponerse a que lo llamaran usurpador tirano y ambicioso vulgar, como lo fueron muchos de sus sucesores durante el imperio del caudillaje y del pronunciamiento, pecado original del que no ha logrado redimirse todavía la raza.

EL MARQUÉS DE VILLA URRUTIA.